

Carolina MONTERO, *Vulnerabilidad. Hacia una ética más humana*, Editorial Dykinson, Madrid 2022, 510 p. ISBN 978-84-1122-173-3

Al terminar la lectura del libro, uno queda con la sensación de haber leído un gran compendio al respecto, pues llaman especialmente la atención las referencias bibliográficas y de autores. Este texto pone al día sobre el tema de la vulnerabilidad, desde el pensamiento teológico, sociológico, filosófico y bioético. Un trabajo interdisciplinar que ayuda a tener una comprensión fundada de la temática que se ofrece. Por consiguiente, considero que las personas interesadas en el tema se van a encontrar con un material indispensable para su formación.

El libro comienza con una aproximación interdisciplinar al tema en cuestión, lo cual es de particular relevancia ya que se trata de un tópico sobre el cual no existe una definición compartida, a pesar de su presencia en las distintas disciplinas.

En el segundo capítulo se estudia el concepto de vulnerabilidad en la Sagrada Escritura. La palabra no aparece propiamente en el texto, pero la Biblia es el relato sobre Dios que sale al

encuentro de su creatura para llevarla a la plenitud humana, reparar lo dañado y ofrecerle la salvación. El sujeto humano se presenta vulnerable, con la apertura y la exposición a Dios, con la frágil interdependencia que caracteriza a los seres relacionales. La antropología bíblica es definida por la vulnerabilidad en cuanto el ser humano es un *nefesh hayyah*, es decir, continuamente recibe y es sostenido por el sopro vivificante de su Creador. Un ser dependiente de Dios: posicionarse frente a esta realidad puede ser una amenaza u ocasión generativa de plenitud.

De la Sagrada Escritura se pasa a la Tradición y el magisterio para averiguar la presencia o la ausencia de esta categoría en la teología moral. Desde cuatro claves hermenéuticas –la antropología teológica, la impronta eclesiológica, el elemento histórico y la pneumatología– se hace un largo recorrido por historia de la Iglesia católica y el modo en que se ha ido expresando y

configurando su comprensión de la vulnerabilidad humana.

Con respecto a la noción de vulnerabilidad en el magisterio, se observa desde el camino de la enseñanza magisterial desde el Vaticano II ha pasado de la reiterada insistencia en la ley universal –y de los intentos de regular el comportamiento de los fieles con precisión– al llamado a la compasión, a la claridad sobre la fragilidad humana y al rol del magisterio como orientación que ayuda al discernimiento de cada mujer y hombre en la compleja situación en la que se encuentra.

Con este trasfondo –completo y exhaustivo– de explicación y definición del concepto, se ofrecen algunos ejes en la elaboración de una ética de la vulnerabilidad. Se sostiene que el ser humano es un ser abierto y que la categoría de la vulnerabilidad tiene una dimensión ético-teológica. Esta puede ser comprendida en tres niveles. En primer lugar, la condición universal de la vulnerabilidad humana, en cada concreción singular, hace necesaria una toma de postura y una praxis –ante sí mismo y ante los demás– que implica una decisión ética. En un segundo nivel, la compleja red de

interdependencia humana hace surgir una problemática relacionada con la distribución y el ejercicio del poder en ellas. Finalmente, el reconocimiento de la vulnerabilidad humana es fundamental para que el estudio de las sociedades modernas puede permitir alcanzar conocimiento relevante para la revitalización de la imaginación social para conducir al desarrollo de políticas sociales que confronten los aspectos más vulnerables del vivir moderno.

Al final del libro, la profesora Carolina Montero confiesa: “Ciertamente nuestro esfuerzo es solo una primera aproximación. Mucho habrá que trabajar sobre él y desarrollar sus intuiciones para lograr que se incorpore en la tradición católica”. Una afirmación que revela la seriedad y, por ende, la humildad académica de la autora. El discurso sobre la vulnerabilidad como categoría antropológica –con efectos directos sobre la antropología ético-teológica– está sólidamente fundado en este libro. Por ello, creo que es muy recomendable aproximarse al tema desde la lectura de este estudio, pues resulta ser una introducción muy completa que, además, define el término, lo fundamenta antropológicamente,

sitúa históricamente (teológica y magistralmente) y ofrece categorías, características y expresiones de una ética de la vulnerabilidad.

Una primera contribución del libro es la insistencia en un punto muy importante: la comprensión correcta de la categoría de vulnerabilidad. Lamentablemente, aún se equipara el concepto con la debilidad. A su vez, en la actual sociedad la fragilidad es despreciada, rechazada como parte de la autodefinición. Sin embargo, esta nueva comprensión destaca el ser abierto al propio ser en camino, siempre inapresable, siempre expresión momentánea de lo más profundo de su existencia. Por tanto, es también ser capaz de generar vínculos personales y sociales. Es justamente la vulnerabilidad individual la que construye comunidad grupal, porque es la que nos une como humanidad al asumir nuestra condición de dependencia del otro en el crecimiento y desarrollo de la propia autonomía.

En segundo lugar, el texto nos advierte contra el peligro de reducir el concepto a la intimidad, a lo personal, a la auto-referencia. Sin embargo, tiene un

aspecto profético y de denuncia contra todas las vulneraciones que padece la humanidad. Aún más, la propia vulnerabilidad y la del otro abre a la preocupación ética por la solidaridad como una exigencia antropológica.

Este estudio, a su vez, introduce nuevos temas en la elaboración de la formulación del *ethos* cristiano. La misma noción de vulnerabilidad no ha tenido mucho lugar en el discurso moral; la idea del cuerpo –de la “corporalidad”– como una expresión de la misma persona merece mayor presencia en la elaboración del *ethos* cristiano; la afectividad y su rol en la vida moral está bastante ausente en el lenguaje moral; las expresiones éticas de la compasión, la hospitalidad, el perdón y la ternura merecen un lugar más destacado.

Las manifestaciones y categorías éticas propuestas por la profesora Carolina Montero introducen la cultura de un lenguaje más humano –y más humanizante– en la elaboración del discurso ético. Compadecerse, acoger, perdonar, regalar ternura señalan un estilo de vida, un *ethos*, un claro signo de identidad cristiana al tomar en serio el ejemplo de la vida de

Jesús presente en el Evangelio. Nos encontramos frente a un lenguaje humano, que conoce lo cotidiano, y que no se limita a obsesionarse con el cumplimiento de la norma como finalidad del discurso ético.

Sumado a lo anteriormente planteado, el texto aporta una explicación de la vulnerabilidad como una categoría ético-teológica. En las Conclusiones finales se ofrece una definición operacional: (a) esencialmente, la apertura del ser inacabado y fronterizo, hacia sí mismo, a los demás y a Dios; (b) apertura al mundo y a la tarea de su propia existencia; (c) ser vulnerables es ser porosos, permeables, afectables, en una situación neutra (en abstracto) que se vuelve ambigüedad (en su concreción) a los polos del amor y la violencia, y todos los matices intermedios posibles; (d) la vulnerabilidad puede ser considerada como radical u ontológica, como labilidad o como la expresión de una vulnerabilidad ya vulnerada en lo situacional; y (e) la necesidad de posicionarse ante la propia vulnerabilidad y la ajena significa e implica una elección.

La categoría antropológica de la vulnerabilidad conduce de

manera automática a la ética porque, por su propia naturaleza, exige una preferencia. Se trata de una elección a nivel de opción fundamental porque consiste en posicionarse frente a la vulnerabilidad –propia y ajena– y tomar las decisiones correspondientes en la vida cotidiana.

Además, el texto rescata un concepto que pertenece a la antropología moderna para aplicarla como una categoría eje en la elaboración del pensamiento de la moral cristiana. Este traspaso está fundamentado en la Sagrada Escritura, la Tradición y el magisterio, lo cual permite una comprensión ético-teológica del concepto con sus características y categorías propias.

Es importante también destacar el aspecto metodológico. En la elaboración ética resulta clave el lugar que se da al ideal: ¿es punto de partida o meta de llegada? Cuando se coloca como comienzo de la reflexión ética genera culpabilidad (la distancia entre la realidad y lo ideal) y domina la sensación de exclusión de la comunidad eclesial (al no vivir un ideal requerido). Por lo contrario, se coloca como término, todas las situaciones tienen cabida porque desde su

propia realidad se empeñan a caminar hacia lo ideal. Este método pastoral se observa en la exhortación apostólica *Amoris Laetitia* (2017) del Papa Francisco. Por una parte se reconoce que, a veces, se ha presentado “un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificialmente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales” (*Amoris laetitia* 36); y, por otra, “es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia” (*Amoris Laetitia* 31).

Ciertamente, la introducción de la categoría de vulnerabilidad ayudaría a asumir esta opción metodológica de comenzar a pensar el *ethos* desde la realidad, orientando desde ella, hacia el mejor cumplimiento de lo ideal. El concepto de la vulnerabilidad (en cuanto condición de apertura) revela, a la vez, la fragilidad y la capacidad del ser humano que va decidiendo su proyecto de vida

acorde a las decisiones que va asumiendo.

Por último, el tema de la vulnerabilidad revela la importancia del discernimiento en el discurso y elaboración de un *ethos* cristiano. Reconocer y aceptar la vulnerabilidad –propia y ajena– y posicionarse frente a uno mismo, al otro, a la realidad social y al medio ambiente es subrayar el lugar clave del discernimiento en la reflexión ética. Una ética de la vulnerabilidad se preocupa por lo concreto, la experiencia vivida de cada mujer y hombre, y por la historia humana mediante la cual se expresa, también, la voz del Espíritu.

El estudio de la profesora Carolina Montero es una contribución novedosa a la moral fundamental. Ahora, el gran desafío consiste en poner en práctica el enfoque de una ética de la vulnerabilidad a los temas concretos de la bioética, moral de la sexualidad y moral social.

Tony MIFSUD
 Universidad Católica del Norte
 (Antofagasta)